

VIAJES POR LOS PAISAJES URBANOS POSMODERNOS. O DE CÓMO UBICARSE EN MEDIO DEL CAOS¹

Paloma Puente Lozano

Departamento de Humanidades: Historia, Geografía y Arte. Universidad Carlos III de Madrid

RESUMEN

El artículo es una revisión crítica de las líneas principales de argumentación que se han dado en el debate posmoderno acerca de la cuestión de cómo se han materializado, en los paisajes urbanos, las transformaciones de los regímenes espacio-temporales contemporáneos producidas por la globalización. En concreto, aquí se aborda, por una parte, el problema de la reducción de la Historia a meras formas estéticas e imágenes-pastiche en tales paisajes; y por otra, la tematización de las nuevas lógicas espaciales contemporáneas alrededor de la idea de caos y fragmentación. Éstas cuestiones no sólo han sido pensadas como la principal clave de lectura de los nuevos paisajes urbanos, sino que en buena medida se han convertido en elementos centrales para la crítica contemporánea.

Palabras clave: geografía posmoderna, paisajes urbanos, memoria, políticas del espacio.

ABSTRACT

The paper deals with different stances in postmodern discussion around how contemporary globalization-driven changes in spatiotemporal formations have impacted upon cityscapes. Since those have become central guidelines in contemporary cultural criticism, the paper focuses on the two following issues: the question of memory, and the meaningless pastiched

Fecha de recepción: junio 2009.

Fecha de aceptación: octubre 2009.

¹ El presente texto ha podido llevarse a cabo gracias al apoyo institucional del Ministerio de Educación y Cultura, a través de una de sus becas de formación de profesorado universitario (FPU: AP2005-0438). Agradezco especialmente a Jacobo García Álvarez su ayuda y comentarios para la preparación del mismo.

images and aesthetic forms which History is argued to have been reduced to within those landscapes, on the one hand; and on the other hand, the thematizing of contemporary spatial logics around the idea of chaos and fragmentation, as they have been argued to be the main features for understanding global cityscapes.

Key words: postmodern geography, cityscapes, memory, politics of space.

I. DESÓRDENES POSMODERNOS. DEL PAISAJE AL TEXTO Y AL ESPACIO OTRA VEZ

Después de la «tormenta» que, en términos ontológicos y epistémicos, la posmodernidad ha traído a las Ciencias Sociales, con su práctica total desestabilización de los marcos de trabajo tradicionales y la apertura de nuevos campos de investigación interdisciplinares, no resulta fácil determinar el terreno desde el que pensar con más claridad algunas de las cuestiones centrales de nuestra época, como las que aquí nos ocuparán. Aunque las posturas y las implicaciones del debate se hayan ido aclarando a lo largo de los últimos años, todavía sigue resultando difícil calibrar el alcance verdadero que han tenido algunas de las sospechas y cuestionamientos posmodernos. La fuerza con que los imaginarios «nómadas» y las categorías «líquidas» han penetrado los vocabularios de las Ciencias Sociales y han formado nuevas metáforas-clave en la interpretación del mundo contemporáneo, ha coadyuvado al establecimiento, a fin de cuentas, de «nuevas ortodoxias de la teorización de la vida social», como las ha llamado K. Simonsen (2004, p. 1333).²

También los principales relatos de los que disponemos para explicar las transformaciones socio-espaciales contemporáneas han tomado forma en el seno mismo del debate sobre el posmodernismo y la denominada «condición posmoderna», y, sobre todo, en estrecha relación con las intervenciones neo o postmarxistas en el mismo, como aquí veremos. La forma en que éstas han definido las realidades socio-culturales contemporáneas como la expresión «epocal» de las fuerzas del capitalismo postfordista, se ha visto, paradójicamente, reforzada y a la vez cuestionada por la variedad de las maneras de explorar los vínculos entre lo social, lo cultural y lo espacial que ha conllevado el protagonismo que el espacio ha tenido en las perspectivas posmodernas y en la reciente teoría social.

Las posturas expresadas en este nuevo tipo de trabajos espaciales³, y su entrada por diversas vías en la Geografía, han coadyuvado al establecimiento de ciertos parámetros dentro de

2 En otro trabajo (Puente, 2008, 2009a) hemos tratado con mayor profundidad algunos de esos problemas, poniendo de relieve los proyectos ontológicos y políticos en que tales categorías han sido utilizadas, y discutiendo las consecuencias del predominio de nuevas metáforas espaciales y de movimiento en los discursos críticos contemporáneos, tanto con respecto al significado y usos de las mismas en Geografía, como en cuanto al sesgo que introducen en la interpretación de ciertos fenómenos, supuestamente globales, al perder de vista sus particularidades sociales, históricas y materiales.

3 Es el caso de algunas obras de crítica cultural y estética consideradas «posmodernistas» y no realizadas estrictamente por geógrafos, como, por ejemplo, los trabajos pioneros de Frederic Jameson (Jameson, [1991] 2005), o la obra de ciertos pensadores y teóricos sociales a los que, *a posteriori*, E. Soja (Soja, 1989) llamaría «geógrafos posmodernos» (H. Lefebvre, A. Giddens, E. Mandel o M. Foucault). Para una aproximación general a la cuestión véanse los siguientes trabajos: Crang y Thrift (2000), Paquot y Younès (2008) o Soja (1989, 1996).

los cuales se ha desarrollado la interpretación de esos cambios espacio-temporales que son el centro de este artículo, en tanto en cuanto han sido fijados como principales claves de comprensión de la posmodernidad y sus tiempos-espacios.

La oscilación y confusión entre aquellos enfoques que subrayan las tendencias neoconservadoras encarnadas en los paisajes urbanos del capitalismo tardío, y las reapropiaciones progresistas que, por ejemplo desde la Geografía anglosajona y partiendo de posiciones explícitamente neomarxistas, se han hecho de los principios posmodernos, han generado una gran ambigüedad en cuanto a qué es a fin de cuentas lo posmoderno en esas nuevas realidades socioculturales.

Así, son algunos de estos más importantes análisis críticos, como en el caso de la obra de Jameson en que aquí nos centraremos, los que más ampliamente han contribuido a construir muchas de estas realidades y espacios contemporáneos como «artefactos posmodernos» (Fieldhouse y Ocran, 1998: 61), a la vez que a generalizar un particular interpretación de esos contextos a partir de sus «viajes» a finales de los 80 por ciertas ciudades norteamericanas.⁴

Por todo ello, a la hora de abordar lo que se consideran son los problemas centrales para la comprensión de esas nuevas realidades geográficas contemporáneas, se nos presenta un panorama complejo, tanto teórica como materialmente, pues no sólo el espacio y los paisajes «ya no son lo que eran», sino que las propias formas a las que nos habíamos acostumbrado a que la Geografía nos los explicase, han sufrido también una importante transformación.

El «paisaje», el «espacio» o el «lugar» han sido paralela y sucesivamente el centro de la atención teórica de la Geografía humana (y especialmente la cultural) en las últimas décadas: el profundo y explícito tratamiento conceptual que estas distintas nociones han recibido les ha otorgado una orientación particular y las ha vinculado sólidamente a distintos proyectos epistémicos y políticos.

Por otra parte, la relación entre estos cambios recientes en las «imaginaciones geográficas» (Gregory, 1994) y el posmodernismo es compleja, tanto como las propias relaciones entre las posturas neomarxistas y las posmodernas (Jameson, 1988). Los enconados enfrentamientos y extraños maridajes que se han dado en la Geografía anglosajona entre estos dos enfoques tienen que entenderse en el contexto institucional de la lucha por la legitimidad de las prácticas y discursos académicos, y de las tensiones que han marcado

4 De hecho, existe un paralelismo curioso, pero no casual, entre las descripciones de estos autores, posmodernos o no, sobre las ciudades de finales de siglo XX, y las descripciones sobre las metrópolis de finales del siglo XIX dadas por autores como W. Benjamin, S. Krakauer o G. Simmel, en la que ambos grupos de autores comparten una actitud que oscila entre la fascinación y el rechazo Véanse a este respecto Kirby (1996), quien compara la «ansiedad» de Jameson con la de los exploradores modernos ante lo desconocido, o Simonsen (2004: 43-44).

Igualmente

La obra del crítico norteamericano F. Jameson, *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* (1984/1991), resultó importante como por una consagración temprana del foco de atención sobre la ciudad de Los Ángeles (EEUU) en el estudio de estas cuestiones. En este sentido, Mike Davis fue igualmente uno de los primeros en señalar Los Ángeles como el «centro de la tormenta» de los cambios contemporáneos del capitalismo y forjar el imaginario apocalíptico que desde entonces le acompaña. (Cfr. Short, 2006: 48).

los esfuerzos de ciertos geógrafos por reconstruir el proyecto crítico radical de la Geografía contemporánea.⁵

En este sentido, para muchos geógrafos (especialmente en el mundo anglosajón, donde estas ideas han tenido mayor repercusión)⁶, el posmodernismo ha sido visto, y explícitamente defendido y adoptado, como una oportunidad privilegiada para anclar epistemológica y políticamente la disciplina en las Ciencias Sociales, y vincularla sólidamente —a través sobre todo de la inserción del pensamiento geográfico en el seno de la teoría social— con los debates filosóficos hegemónicos (Dear, 1988, 2001).

En concreto, y a pesar de esa variedad de las maneras en que las ideas posmodernas han afectado a la Geografía y sus conceptos, el interés creciente que algunos geógrafos culturales anglosajones han mostrado durante las últimas décadas por la Teoría literaria y por los enfoques culturales, especialmente por la relevancia que estos han acordado a las cuestiones del conocimiento, el poder y la crítica a la idea de representación, ha desencadenado una suerte de «textualización» del paisaje.⁷ A través de estas nuevas formas de «leer» las realidades geográficas se ha tratado de cuestionar el aparente carácter estable de los significados atribuidos los paisajes y la también aparente inocencia y neutralidad de sus representaciones, para poner en evidencia no sólo su codificación cultural, sino sobre todo las ideologías y relaciones de poder inscritas en tales representaciones. Asimismo, esta exploración de las «cualidades textuales» de los paisajes ha permitido subrayar la construcción de la autoridad y las «formas de ver» hegemónicas que tales representaciones contienen, precisamente porque las ideologías en ellas encarnadas quedan ocultas («naturalizadas»), tras su carácter familiar, cercano y tangible (Cosgrove, 2002).

Aunque estas aproximaciones textualistas insisten en la naturaleza construida de los paisajes (poniendo con ello de relieve importantes elementos políticos implicados en tal proceso), suelen fallar, sin embargo, a la hora de examinar más detalladamente la diversidad de mecanismos implicados en esa codificación y transmisión ideológica, por lo que a menudo los paisajes quedan reducidos a meros «canales de poder» (Kneale, 1998: 11). Como ha afirmado este autor, «todavía tenemos que producir una teoría del significado del paisaje que escape a las burdas determinaciones de la naturalización» (1998: 8), sea ésta en su versión de la «falsa conciencia» y las diversas formas de alineación, o en otras nuevas reformulaciones

5 Véase Minca (2001) para un panorama general. Los defensores de la «posmodernización» de la geografía han insistido en la influencia del posmodernismo como desencadenante de la completa reformulación («una suerte de época de oro de eflorescencia teórica/filosófica», como M. Dear la ha llamado; 2001:14) de la Geografía humana, pero probablemente hayan exagerado ese rol, como parte de su estrategia de construcción de dichos enfoques, como vemos claramente en Soja (1989). Lo mismo puede aducirse con respecto al intento de los geógrafos radicales de legitimar su noción de espacio, ignorando o criticando otras vías y formas de reformulación de las nociones geográficas apoyadas en marcos epistemológicos distintos. (Rose, 1996).

6 Sobre el escaso interés que la Geografía francesa ha mostrado por el posmodernismo véanse Staszak y Collignon (2004), así como Claval (1992), Chivallon (1999a, 1999b), Besse (2004), Albet (1994), Coscuella i Tarroja (1994), Albet *et al.* (2004) para una discusión comparativa.

7 Cfr. Duncan y Duncan (1988, 1992), y su interés por las ideas de R. Barthes, o las nociones de «comunidad textual o «intertextualidad», que han sido adoptadas como parte de la crítica a las teorías referenciales del lenguaje y al objetivismo, así como para problematizar la relación entre significado y significante, pero complementándolas con aproximaciones desde la teoría social para hacer hincapié en los procesos económicos e históricos que determinan el significado de esas prácticas de representación o de la construcción de esos paisajes.

sobre los efectos discursivos de estas formas de encriptación retórica (como las posturas que a menudo encontramos en la literatura sobre los efectos de los medios de comunicación).⁸

Las tesis del constructivismo social han tenido un fuerte impacto en muchos enfoques geográficos y no sólo en las posiciones más semióticas o más interesadas en los procesos discursivos, como las anteriormente apuntadas, sino que se han adoptado en proyectos de muy distinto signo, a menudo también vinculadas con preocupaciones profundamente ancladas en visiones materialistas (Lagopoulos, 1993).

Por ejemplo, recientemente E. Soja (2006) ha propuesto, frente a estos tratamientos textualistas del paisaje, una vuelta a la comprensión de los paisajes urbanos como «espacio» (en su lectura posmoderna de las tesis de Lefebvre). Se trata de recuperar, así, esa dimensión material que en su opinión se ha perdido con la multiplicación de la utilización del sufijo *-scape* (entendido en esa acepción más discursiva) en numerosos campos de estudio, bajo el supuesto objetivo de especializar dichos enfoques.

En concreto, Soja propone sustituir la noción de «*cityscapes*», que ha sido tan utilizada en los Estudios culturales y geográficos posmodernos de las ciudades con un enfoque marcadamente semiótico, por la de «*cityspaces*», que permite anclar su estudio en un enfoque crítico materialista, sin a la vez perder del todo la apertura que ofrecen las ideas posmodernas, integradas ya en esta nueva idea de espacio como «*Thirdspace*» (Soja, 1996).

Esta reivindicación del espacio tiene que entenderse de nuevo en el contexto discursivo e institucional ya señalado. Así, partiendo de una noción del espacio como una construcción social, y apoyándose más o menos lejanamente en la tesis lefebvrea de «la producción del espacio», los enfoques neomarxistas (autores como N. Smith, D. Harvey, C. Katz, etc.) y los que más explícitamente han optado por un compromiso con el posmodernismo (como en el caso de M. Dear, E. Soja, S. Flusty), han rivalizado en la teorización de las principales categorías geográficas. En la medida en que dichas categorías han sido sucesiva o simultáneamente utilizadas para fijar la atención en distintos tipos de procesos a los que se les supone el peso central, tanto material como analítico, de la construcción de las geografías humanas (esto es, las «formaciones socio-espaciales»), ésta es una disputa por fijar el nivel fundamental (o «fundacional», Harvey, 1996: 9) en el cual deben explorarse tales realidades geográficas y los procesos de las que son «derivativas» o «co-constitutivas» (sean estos los discursos, las relaciones de producción, los procesos de construcción del significado, etc.).

A pesar de las diferencias entre ambos enfoques, los paisajes urbanos (*cityscapes*) han sido tomados por muchos de estos autores como puerta de entrada privilegiada para el estudio de los cambios que la globalización ha conllevado en los regímenes temporales y espaciales, y así examinar su relación con ese otro tipo de procesos o fuerzas más profundas, y en concreto, la exploración del vínculo entre economía y cultura. Y en este sentido, los paisajes urbanos han sido para los teóricos críticos, uno de los lugares privilegiados de la politización

8 No hay espacio aquí para extenderse sobre cuestiones teóricas más detalladas acerca de estos enfoques textualistas al paisaje (véanse, por ejemplo, Duncan y Duncan, 1988; Hopkins, 1990; Barnes y Duncan 1992; Duncan y Ley, 1993), ni sobre su relación con otras posturas, más marcadas inicialmente por preocupaciones y enfoques materialistas (véanse Cosgrove y Daniels, 1988 o Cosgrove, 1984), centrales en los desarrollos de la denominada *New Cultural Geography*. Para una crítica a estos enfoques véase Kneale (1998), Rose (2006), Wylie (2007). En castellano puede encontrarse una buena panorámica de estas posturas recientes sobre el paisaje en Nogué (2007b, 2008) y en Maderuelo (2006).

de las perspectivas espaciales, o de exploración de la espacialidad de lo político en términos de cómo la ideología es mediada por y en el espacio urbano (Goonewardena, 2004: 156).

La obra de F. Jameson es una de las que más claramente ha dejado establecida la forma de explorar este vínculo.⁹ Aunque el presente artículo comenta muchas de sus ideas, no es una exégesis de esa obra¹⁰, sino que lo que aquí nos importa es, partiendo de las complejas relaciones entre los análisis críticos, las ideas posmodernas y la Geografía anglosajona contemporánea, cómo la reflexión sobre los paisajes urbanos contemporáneos se ha visto marcada por esos parámetros de interpretación de lo contemporáneo como posmoderno, paradigmáticamente expuestos en la obra de Jameson, y reapropiados por otros geógrafos en clave más explícitamente posmoderna, como M. Dear o Soja.

Concretamente aquí abordaremos dos de las tesis que, tanto en la dimensión temporal como en la espacial, se han convertido en los ejes articuladores de la «invención» de los denominados los paisajes urbanos posmodernos y, de manera más general, en elementos centrales de reflexión en la crítica contemporánea y de los problemas y acusaciones de los que se les hace responsables.

Por una parte, se aborda la cuestión de la memoria, o de la supuesta pérdida del sentido del pasado, y las formas estéticas y superficiales a las que la Historia habría sido reducida en las sociedades occidentales (apartado II); y por otra, pero en estrecha relación, la idea de caos y fragmentación como forma principal de tematización que estos enfoques posmodernos han utilizado para pensar las nuevas lógicas espaciales contemporáneas (apartado III).

En último lugar (apartado IV), el artículo establece una serie de objeciones a esas principales tesis, relacionadas con la necesidad de un mayor énfasis en las prácticas de los sujetos, y con los límites mismos de las categorías de ciertos análisis críticos. Con ello se trata de poner de relieve los problemas de fondo de estas interpretaciones acerca de la imposibilidad, para el sujeto contemporáneo, de prácticas significativas, de actitudes «auténticas» y, en fin, de «habitar» los lugares contemporáneos.

II. TIEMPOS: ¿PAISAJES SIN MEMORIA?

Se ha dicho una y otra vez que la nuestra es una cultura obsesionada con la memoria, precisamente por el hecho de que vive acosada por el olvido, dada la pérdida de centralidad de la Historia y las presiones de un presente en constante cambio que exige toda nuestra atención.¹¹ En la medida en que los medios de comunicación de masas van marcando el ritmo de la actualidad, generado nuevas formas de temporalidad (instantaneidad, sincronía,

9 C. Olalquiaga (1994: xvi) habla de este texto como un «ensayo crucial sobre el posmodernismo», y Woodward *et al.* (2000: 340) se refieren a él como un «ubiquitous *Ur-text*» que más tarde habría sido «ampliamente evangelizado de la manera más efectiva» por E. Soja y otros geógrafos posmodernos. La relevancia y el impacto del texto radican no sólo en que fue una de las más tempranas y efectivas formulaciones del análisis marxista sobre la posmodernidad, sino, sobre todo, por la capacidad que tuvo éste de implicar en el debate a aquellos autores marxistas en principio más alejados de las ideas postestructuralistas.

10 Véanse, por ejemplo, los siguientes trabajos: Hemling, 2001; Irr y Buchananm, 2005; McKoski, 1993; Duvall, 1999.

11 El crítico alemán A. Huyssen ha hablado de la «hipertrofia de la memoria» para referirse a esta ansiedad y obsesión por el pasado tan propia de la cultural actual, profundamente amnésica. (Huyssen, 2003: 3). Véase también Huyssen (1994).

etc.) e imponiendo una lógica del espectáculo, se ha argumentado que un cambio profundo en la estructuración individual y social del tiempo ha tenido lugar. Además, el predominio de la anteriormente mencionada tesis de la «compresión espacio-temporal» en los estudios de la globalización¹² ha coadyuvado en buena medida a la consolidación del diagnóstico de la desarticulación o disyunción de la experiencia del tiempo y del espacio en el mundo contemporáneo. Esto se habría plasmado en lo que M. Castells ha denominado una «descontextualización del tiempo» o un «tiempo intemporal», desposeído de cronología o sucesión, así como en el paso de un «espacio de lugares» a un espacio de flujos».¹³

Por otra parte, el uso masivo de redes telemáticas de comunicación y de nuevos medios de representación (cine, TV, etc.) o de nuevos soportes de memoria (CD, DVD, memorias externas, etc.), así como la cada vez mayor inmersión de las sociedades occidentales en entornos visuales, son procesos que han incidido poderosamente en el cambio y la formación de las subjetividades contemporáneas. Las propias identidades de grupo se han hecho fuertemente dependientes —especialmente en los entornos urbanos— de estrategias de acumulación de capital cultural y, por tanto, de la fijación de «gustos»¹⁴ y referentes estéticos que funcionan como mecanismos de reconocimiento de estatus, esto es, como signos de «distinción» social: prácticas de legitimación que, por otra parte, están fuertemente conectadas con el acceso a ciertos espacios y productos culturales, así como a la difusión mediática global de ciertas modas.¹⁵

En este sentido, la rápida y eficaz circulación de símbolos que la globalización cultural y la economía de consumo de masas generan¹⁶, habría sido determinante en el proceso de pérdida de la estabilidad significativa, esto es, de formas más o menos fijas de referencia, tradicionalmente asumidas como centrales en los procesos de articulación de las identidades sociales. La experiencia de la rápida transformación, en el tiempo de una vida, de los contextos cotidianos —lo que acaso sea la experiencia moderna por excelencia: la experiencia del cambio— se habría radicalizado en la época contemporánea, hasta el punto de hacer de los lugares (de su apariencia y estructura) algo radicalmente inestable. Esto se habría traducido en una discontinuidad en el orden vital y en una dificultad de estabilizar los relatos del presente, que en última instancia apunta a la quiebra de la «relación orgánica»¹⁷ entre los distintos órdenes temporales, entendida como la quiebra de la coherencia narrativa.

12 Véanse Harvey (1989: 284-307), Kirsch (1995), Warf (2008).

13 Véanse Castells ([1996] 2001: 507-548 para la cuestión del tiempo y pp. 453-406 para la del espacio). Para una crítica al determinismo tecnológico que estas tesis implican véase Dogshon (1999).

14 Con el sentido de las tesis sociológicas de P. Bourdieu (1984).

15 Ejemplo de ello serían las formas de vida suburbana como marca de estatus social (en el caso sobre todo del modelo norteamericano), la frecuentación de ciertos ambientes urbanos, o la elección de determinados estilos de vida, etc., que simbolizan una serie de valores connotados positivamente en el espacio social y que reflejan una creciente «estetización» de las identidades. Sobre la nueva función económica y social de la cultura en las economías postfordistas véase Lash & Urry (1994: 60-144), Kearns y Philo (1993), Tretter (2009) o Wynnne & O'Connor (1998). Para enfoque distinto al de los anteriores autores, y más allá de la visión de la cultura como un mero instrumento del capital, véase Podmore (1998) para el caso de los estilos de vida aburguesados (*gentrified*).

16 Especialmente signos del pasado: pensemos en la moda *retro*, el éxito de las iconografías *kitsch* o el constante reciclado televisivo de imágenes y formas del pasado. Cfr. Olalquiaga (1994).

17 Jameson (1991: 54, edición española).

La experiencia histórica y la riqueza y profundidad de sus estructuras afectivas se habrían colapsado en la cultura contemporánea, que únicamente permite ya experimentar el tiempo en términos de las instantaneidades del consumo y las intensidades de la cultura visual, que impiden que la gente pueda conectar la profundidad del pasado con las circunstancias de su presente (es lo que Jameson ha denominado «*waning of the affect*»). Ésta ha sido aducida, por tanto, como la principal causa de la supuesta «auto-referencialidad» del presente y el aislamiento de los sujetos en islas de tiempo que cada vez se suceden más aceleradamente.

Asimismo, y en otro orden de cosas, el fin de las denominadas filosofías de la Historia y de la noción moderna de tiempo como progreso ha servido a los teóricos posmodernistas como premisa para anunciar la emergencia de un nuevo orden cultural, en que la pérdida de uniformidad de la tradición y la «distorsión [mediática] de lo histórico»¹⁸ marcarían un cambio importante en los modos de conciencia histórica, cuando no la eliminación de todo sentido de la Historia.¹⁹

Es más, dado que las transformaciones aquí señaladas han afectado profundamente al orden de lo simbólico, todo esto no sólo habría supuesto un cambio en la *forma* en que se genera y vehiculan las experiencias y la memoria en las sociedades actuales, sino que también habría incidido decisivamente en el propio contenido y naturaleza de éstas.²⁰ Se ha argumentado que la nuestra es una experiencia colectiva cada vez más fuertemente marcada por las tendencias, modas y acontecimientos globales, anclada a menudo en referentes globales que parecen «desterritorializar» la propia memoria de los individuos, y multiplicar y fragmentar la de los distintos grupos sociales.²¹

Además, la mercantilización nostálgica del pasado, la recreación «falsa» y tematizada de entornos históricos -bien sea debido a la reconversión de los centros urbanos en lugares orientados al turismo dadas las presiones de la industria cultural, o bien, como en el caso de tantas ciudades norteamericanas, debido a la creación o renovación urbanística de lugares utilizando deliberadamente estilos tradicionales para evocar atmósferas históricas- habría conllevado una simplificación radical del pasado y su reducción a un mero «efecto estético.»²²

La repetición constante de signos del pasado fuera de sus contextos originales de producción habría supuesto la abolición de la profundidad referencial de estos, en tanto las complejidades socio-económicas de sus contextos primeros de significación se pierden en

18 Muñoz (2008: 143).

19 Cfr. Jameson (1991: 25 y ss.) sobre la «crisis de la historicidad». Para una crítica a esta concepción de los cambios en los regímenes de temporalidad en el mundo contemporáneos véase Dodgshon (1999: 614 y ss.). Otros autores han interpretado estos mismos fenómenos como la prueba, al contrario, una profundización de nuestras relaciones con el pasado Latour (2007 [1991]: 102 y ss.)

20 Por ejemplo, C. Olalquiaga habla sobre cómo cada vez más «la memoria colectiva contemporánea se forma a partir de los programas de televisión en vez de sobre una noción compartida de historia.» (Olalquiaga, 1994: xix). Cfr. Clarke (1995).

21 Cfr. Beck (2000: 99) sobre el supuesto fin de «la cultura nacional de la memoria». Según afirma este autor: «El lugar de la historia nacional y de la historiografía públicamente reflejadas (...) es sustituido por unos paisajes de memoria escenificados [*staged*] que sólo pueden ser descifrados transnacionalmente. Estos paisajes de memoria (...) son el camino para formas de memoria y recuerdo desterritorializadas en la sociedad mundial.»

22 Jameson (1991: 50, y pp. 45-46, en edición española, donde habla insistentemente de una «sociedad despojada de toda historicidad, y cuyo supuesto pasado no es más que un conjunto de espectáculos en ruinas.»)

ese proceso. La consecuencia de esta libre y acelerada circulación de signos sería una saturación, sobre todo visual, de los lugares contemporáneos, dando como resultado unos paisajes urbanos semióticamente muy complicados.²³ Este predominio en las sociedades postindustriales de entornos organizados para ser consumidos visualmente refleja la dependencia de la cultura urbana, y de sus paisajes y economías materiales y significativas, de las imágenes mediáticas y comerciales, y ha sido esgrimida como principal prueba de la superficialidad y la inmediatez de la experiencia contemporánea, así como de la imposibilidad de comprender el pasado de una manera significativa, esto es «auténtica», a través de los paisajes urbanos.²⁴

Siguiendo la argumentación de Jameson a este respecto, el tiempo histórico que antiguamente estructuraba la vida social habría sido sustituido por una nueva «lógica espacial del espectáculo» (Jameson, 1991: 45-46). Esta habría pulverizado el proyecto moderno de la «temporalidad burguesa», y además habría impuesto una nueva espacia de tiempo espacializado, desorganizado y acelerado, regido por el ritmo de circulación de los flujos del capital e imposible de representar desde las viejas categorías históricas o a través de las formas tradicionales (esto es, lineales) de representación.

Es precisamente esta falta de coordinación entre la experiencia espacio-temporal y la representación de esas nuevas realidades contemporáneas, lo que priva al sujeto de toda capacidad crítica y de resistencia, pues le impide «traducir las experiencias locales (...) en representaciones consistentes de la globalidad del capitalismo tardío» (Coscuella i Tarroja, 1994: 17-18).

III. LUGARES: VIAJES SIN MAPA Y POLÍTICAS DEL ESPACIO

Vistas así las cosas, y siguiendo esa lógica del vínculo entre las mutaciones contemporáneas del capitalismo y las formas culturales ¿cuál es el correlato espacial de estos desórdenes temporales en que nos instala la posmodernidad?

Precisamente el calado de las transformaciones que el denominado «capitalismo postfordista» habría conllevado en el orden espacial de las sociedades contemporáneas, ha vuelto extremadamente difícil la tarea de desentrañar la estética y la política de la ciudad contemporánea. Esto es, acaso, lo que ha hecho de las exploraciones críticas de estos autores una suerte de «viajes sin mapa» (y de viajes en busca de mapas) por los paisajes posmodernos, y de su particular forma de explorar cómo estas superficies son la «media-

23 Una buena parte de la literatura que ha tratado de interpretar esos paisajes en esta clave estética o cultural —y los autores aquí referidos— ha tenido en las tesis baudrillardianas del surgimiento de la «lógica del simulacro» y la «ruptura de la cadena significativa» sus principales apoyaturas teóricas. De hecho la espacialidad posmoderna descrita por Jameson guarda mucho parecido con la hiperrealidad de Baudrillard, y lo que éste llama «simulacro», aparece recodificado en Jameson bajo la categoría de «reproducción» (fusionando sus dimensiones económica y estética). Cfr. Baudrillard (1978, 1997) y Smith (2003).

24 Cfr. Lash y Urry (1994), Muñoz (2008), Urry (1995) y Kearns y Philo (1993), así como las exploraciones que la geografía cultural esta haciendo sobre la idea de «branding» en los paisajes urbanos. (Pike, 2009; Kavaratzis, 2004; Kavaratzis y Ashworth, 2005; Muñoz, 2008).

ción» de procesos estructurales más poderosos, una especie de «lucha cartográfica» por recuperar la distancia crítica.²⁵

El «aplanamiento» significativo y la falta de profundidad de los entornos cotidianos de experiencia (debido en buena medida a esa pérdida de historicidad ya comentada) estarían, pues, en el origen de las formas de alienación contemporáneas.²⁶ En este sentido, el caos y la fragmentación que de manera tan contundente marcan los espacios urbanos, no serían sino la más inmediata expresión de su fuerte «colonización» por la lógica de la economía de los bienes de consumo (*commodity form*). Tal y como ese vínculo ha sido explorado en la tradición crítica —especialmente a partir de los análisis de la cultura de masas de la Escuela de Fráncfort—, es en la superficie de estos espacios urbanos donde se manifiesta con mayor contundencia la imparabla penetración de las fuerzas del capitalismo y su violencia inherente. (Jameson, 1991: 2).²⁷

El espacio se convierte, así, en pura «fachada» que hace explícita la ausencia de relación entre su materialidad y su funcionalidad. Se trata de un simple escenario en el que se despliegan caóticamente fragmentos de distintos lugares y tiempos, pues una suerte de «saturación *kitsch*» afecta a sus paisajes (Olalquiaga, 1994: 56), únicamente legibles o decodificables ya siguiendo la lógica de la publicidad o de los registros visuales mediáticos.

De hecho, la formación de estos nuevos paisajes típicamente posmodernos estaría regida por la lógica del *collage* o del «pastiche espacial», propia de la voluntad estilística del posmodernismo, articulada por los principios de la fragmentación, la intertextualidad o la efimeralidad.²⁸ Los «paisajes del capitalismo tardío» han sido descritos una y otra vez como un tipo de entornos híbridos y semióticamente redundantes, de superficies opacas, reflectantes, formadas principalmente por pantallas, con escenografías compuestas de retales y de distintos estilos arquitectónicos y dominados por la lógica de movilidad y del consumo.²⁹

25 Dichos procesos estructurales son los que debidamente cartografiados forman la «totalidad subyacente», según la fórmula marxista-jamesoniana, que es lo que el «*cognitive mapping*» buscaría recomponer: se trata de una estrategia estético-pedagógica de espacialización de las relaciones sociales del régimen capitalista que permitiría reconstruir el conjunto de las mismas, con el fin de delimitar la posición (de clase) de los sujetos en el mismo y estabilizarla. Para Jameson éste es el primer paso para articular cualquier forma de crítica, resistencia y lucha política colectiva. Cfr. Goonewardena (2005: 57-62) y Deutsche (1991: 16-17).

26 La cuestión de la pérdida de profundidad es una preocupación recurrente en los enfoques críticos y neomarxistas (en autores como T. Eagleton, J. Habermas, etc.) justamente por su voluntad de explorar más allá de las superficies de la realidad social. Cfr. Goonewardena(2004).

27 Cfr. Goonewardena (2004, 2005) sobre la mayor atención que este tipo de análisis han prestado a determinados «modos de producción del espacio», como la arquitectura y la planificación urbana, por considerarlos los elementos materiales «menos inmunes» a dichas fuerzas y «la más directa [*unmediated*] expresión de la lógica del capitalismo» (Goonewardena, 2004:171).

28 Cfr. Jameson (1991: 25-31), Bruno (1987: 62 y ss.) y Daylight (2008).

29 Véanse, por ejemplo, el tipo de descripciones de Los Ángeles que hace Soja (1989: 222-248) o de Las Vegas Bégout (2007 [2002]), y que han tenido tanta importancia para fijar una interpretación canónica(mente posmoderna) de esos paisajes (Kirby, 1996: 5). Sobre la metáfora de los espejos como «emblemático de la condición posmoderna» en Jameson, véase Fieldhouse y Araba-Ocran (1998).

El otro modelo de referencia que se ha utilizado para desentrañar las claves de estos paisajes es el del parque temático (*Disneyland*). Cfr. Sorkin (1992). En Nogué (2007) podemos encontrar una discusión interesante sobre los retos que plantean algunas de estas características de los paisajes contemporáneos (como la «hibridación», la «efimeralidad», etc.).

Frente a la profundidad y «equilibrada distribución» (Olalquiaga, 1994: 65) de los elementos del paisaje que estos autores consideran que se habría dado en otras épocas anteriores, los saturados, barrocos y desordenados paisajes urbanos posmodernos, constantemente al borde de la obsolescencia, se mostrarían ya incapaces de tal equilibrio o articulación significativa. La rapidez cada vez mayor con que se producen los procesos de reestructuración urbana en el mundo contemporáneo impone sucesivamente nuevas capas de imágenes y signos que desestabilizan constantemente sus paisajes, y los «desanclan» de los contextos territoriales de los que tradicionalmente formaban parte. Todo ello genera una difícil articulación de los distintos niveles que componen las ciudades contemporáneas, en cuanto a cómo las prácticas de sus habitantes, las tradiciones o la memoria de dichos espacios se materializan en significativamente en sus morfologías.³⁰

Es posible afirmar que ha sido en función de esta apariencia visual que las ciudades contemporáneas han sido predominantemente definidas y estos nuevos paisajes posmodernos —o su estética— elevados a categoría representativa de las nuevas geografías globales. Acaso haya sido el cine y la literatura de masas donde algunas de estas ideas han encontrado su mejor vía de codificación y difusión, reforzándose la asociación entre dichas morfologías espaciales (dispersión urbana, segregación, caos semiótico, etc.) y las patologías de las sociedades contemporáneas.³¹ Así, en estas ciudades con formas continuamente cambiantes, fantasmagóricas, alienantes en tanto que imposible de ser captadas en su totalidad por el sujeto, éste se vuelve en consonancia amnésico, fragmentario, descentrado.

Efectivamente, estas interpretaciones sugieren una imagen altamente distópica de la ciudad contemporánea y se apoyan en una determinada visión del desorden social y la influencia de los cambios tecnológicos en las sociedades contemporáneas y su espacialidad (Thrift, 2005), así como del tipo de espacio y sujeto (modernos) al que se contraponen. En este sentido K. Kirby ha señalado acertadamente que el problema de esta interpretación es que Jameson y otros autores hacen recaer el peso de su argumento en una separación demasiado tajante entre esos dos tipos de espacio: el espacio seguro, ordenado y contenido del sujeto moderno; y el espacio fragmentado y caótico del sujeto posmoderno. Así, continúa esta autora, «una diferenciación tan rígida de los formatos espaciales reprime las posibilidades de discutir acerca de las maneras en que los espacios y las formas para la identidad podrían ser sustancialmente alteradas sin resultar totalmente evaporadas» (Kirby, 1996: 52), como parece ser en el caso de la descripción de Jameson, donde la disfuncionalidad de dichos espacios se traduce en una total inmovilización y desorientación del sujeto, que lo inhabilitan para la acción política o la construcción de formas significativas de identidad.

La clave argumentativa de este tipo de discursos posmodernistas está en la idea de la supuesta «inhabitabilidad» de los nuevos espacios contemporáneos, que deriva a su vez

30 Este punto es muy importante en el caso de la gestión de la memoria en las sociedades y ciudades post-industriales, en las que la reestructuración económica crea nuevos paisajes con una lógica cultural y social completamente distinta a la que anteriormente había dominado en ellos. Cfr. Con el análisis clásico de D. Harvey sobre la ciudad de Baltimore (Harvey, 2003: 159-183) y también Muñoz (2008).

31 Pensemos, por ejemplo, en la recurrencia y la efectividad de la tenebrosa, pero intensa, imagen del Los Ángeles de *Blade Runner* (R. Scott, 1982). Cfr. Bruno (1987), Bate (2006). Como D. Kellner (1989) ha comentado acerca de las lecturas baudrillardianas de la condición posmoderna, éstas se entienden mejor como ciencia ficción que como teoría social.

fundamentalmente de la profunda confusión perceptiva que supuestamente generaran tales ambientes (Buchanan, 2005: 21). El caos de estímulos perceptivos que los sujetos reciben en estos espacios no puede ser ya ordenado según formas perceptivas, sensoriales o cartográficas tradicionales, pues todo principio jerárquico, de distancia o diferencia ha sido colapsado en estos espacios.

Aunque esta cuestión de la dificultad de los sujetos para leer, ordenar y operar sobre el medio —y por tanto establecer vínculos significativos con el mismo— tiene una larga tradición y diferentes fuentes teóricas, en la obra de Jameson aparece conceptualizada específicamente a través de las tesis de K. Lynch (1960). A raíz de sus observaciones sobre el miedo y la ansiedad que despertaban ciertos entornos y morfologías urbanas, debido a la progresiva ampliación de la escala metropolitana en la Norteamérica de la posguerra, Lynch centró el análisis de estos problemas en la cuestión de cómo representase esas nuevas realidades, y puso el énfasis en la búsqueda de las «formas ocultas» de los paisajes urbanos.³²

Lynch utilizó originariamente la noción de «*cognitive mapping*» para referirse a la necesidad que tienen los habitantes urbanos de capturar mentalmente la forma de la ciudad, reconocer y organizar sus elementos principales y articularlos en una imagen coherente, para así poder orientarse en ella y conseguir representaciones perdurables (memorizables y estables) de sus entornos de vida. Esta noción trajo la importancia de los componentes emocionales, sociales y la perspectiva de la experiencia de los habitantes a la discusión y reflexión sobre los paisajes urbanos, y, por tanto, supuso «un reconocimiento crucial de la naturaleza variable y móvil de las imágenes de la ciudad.» (Bate, 2006: 118).

Asimismo, la obra de Lynch sentó sólidamente las bases, en este tipo de reflexión teórica, de la importancia del vínculo entre los cambios en las formas urbanas y la necesidad de nuevas estrategias representacionales; sin embargo, también imprimió un cierto sesgo, por su excesiva atención, hacia los componentes estéticos, formales y composicionales de los paisajes urbanos (cfr. Cairns, 2006).³³

La acelerada expansión de los entornos metropolitanos y el alcance de las tecnologías que soportan dicho proceso (Graham y Marvin, 2001), que se ha producido en las últimas décadas, no habrían conllevado sino la agudización de los problemas que K. Lynch ya señalara en su momento y, por tanto, habría aumentado ese «desalineación» entre los distintos niveles

32 Su conocida obra *La imagen de la ciudad* es una investigación de los distritos centrales de las ciudades de Boston, Jersey City y Los Angeles (EEUU), que emplea abundante documentación y trabajo de campo y entrevistas, cruzada con información cartográfica, fotografía aérea, etc. Estas distintas fuentes conforman la base para sus «representaciones diagramáticas» de cada una de esas ciudades, para lo cual utilizó un «sistema notacional», centrado en una serie de características urbanas (*paths, edges, nodes, districts, landmarks*) a partir de las cuales Lynch considera que se pueden captar representacionalmente las estructuras de la ciudad. El objetivo con esto es conseguir detectar los problemas de dichos entornos y proponer mejores soluciones y reformas encaminadas a construir entornos más amables, fáciles de leer y de recorrer.

33 Aunque Lynch ubica su propio trabajo en el campo de «arte del diseño urbano», concediendo una gran importancia a la forma, la proporción, etc., estos componentes a su vez están asentados en una exploración antropológica de las formas de relación entre el sujeto, como ente activo que opera en el espacio, y el medio material (sobre todo en términos de navegación y orientación). A su vez, la misma noción del «*cognitive mapping*» estaba sustentada en un principio más básico, en términos de la concepción de la ciudad y de la relación de las personas con ella: esto es, que la ciudad tiene elementos materiales y fenoménicos distinguibles que son percibidos por la gente, y que tiene que ser tenidos en cuenta en su diseño, dado el proceso de «adaptación recíproca» que se produce entre uso y diseño.

cuya integración Lynch consideraba necesaria para una mejor habitabilidad y legibilidad de las ciudades.

Aunque la ampliación igualmente espectacular de las posibilidades de cartografiar los espacios —dadas las amplificadas capacidades representacionales de los sistemas digitales de teledetección e información geográfica (SIG)— harían pensar que es posible satisfacer, al menos parcialmente, la necesidad de nuevas formas de representación de tales espacios, no parece probable haya sido así, al menos para los autores aquí comentados. No sólo la creciente complejidad de los procesos subyacentes en esos paisajes urbanos no se deja atrapar fácilmente, sino que la manera en que el propio Jameson ha adaptado esta idea en el marco de su proyecto de una «nueva cultura política radical», implica una noción tajantemente distinta de representación y de espacio de las que estos sistemas cartográficos utilizan.

Si bien es cierto que Jameson retiene algo del «optimismo» de la propuesta original de Lynch, especialmente a través de la recuperación de la antigua función pedagógica del arte, su transcodificación de esta noción en términos marxistas la convierte en un nuevo tipo de estrategia, fundamentalmente estética, para capturar la totalidad urbana, proporcionándole al sujeto un anclaje en el tiempo histórico y tratando de vehicular la formación de una nueva conciencia de clase global [*global class-consciousness*].³⁴

La posibilidad de trazar esas cartografías sociales simbólicas descansa, por tanto, en formas completamente nuevas de imaginación; esto es, en un «gran paso adelante imaginativo» [*inventive breakthrough*], como el propio Jameson reconoce, que, sin embargo, nunca se concreta del todo en su obra. (Cfr. Con las críticas de Cairns, 2006: 199 y ss.)³⁵ Debido a la utilización alegórica que Jameson hace de esta idea del «*cognitive mapping*», su recepción ha sido ambigua y controvertida para los geógrafos críticos, especialmente aquellos más comprometidos con el desarrollo de una perspectiva politizada del espacio (*politics of space*).

Por una parte, a este respecto, habría que señalar una diferencia importante, entre Jameson, y cómo los geógrafos neomarxistas han tratado esta cuestión, sobre todo en el caso de D. Harvey, en cuanto a la forma de entender el lugar mismo de la lucha política. Aunque ambos rechazan las formas de resistencia que la cultura de consumo posmoderna permite (reducidos por Jameson a meros «nuevos movimientos sociales») y consideran insuficiente la propia concepción posmoderna de lo político, el repudio de Harvey va más allá al considerar que muchas de esas «luchas locales» son formas de resistencia que no «desafían el capitalismo» (Harvey, 1989: 46), o que no son capaces de producir una nueva forma de política de clase (Jameson, 1991, *passim* [*new class politics*]).

34 El propio Jameson reconoce al final de su obra que este término no es sino una fórmula para referirse a la «lucha de clases» (Jameson, 1991: 387), una suerte de análogo espacial de la noción de Althusser de ideología, y de la idea lacaniana de «imaginario». Sólo a través de esas «soluciones imaginarias» es posible la articulación de una forma más sólida y radical de resistencia y un auténtico proyecto político socialista en la época posmoderna. Cfr. Goonewardena (2004: 172 y ss.)

35 A pesar de que en la obra de Jameson es más bien lo cognitivo, y no lo cartográfico, lo que tiene verdaderamente efecto, y lo que articula la agencia política de los sujetos, otros trabajos interesantes y mejor articulados en estos términos espaciales se han realizado recientemente, con una más concreta y geográfica actualización de la idea de Jameson (por ejemplo, Cairns, 2006) o con análisis y ejemplos interesantes de la utilización de nuevas técnicas cartográficas al servicio de este proyecto político de «refigurar las relaciones de poder que estructuran la vida socio-espacial y volver a cartografiar los espacios sociales de la vida cotidiana en formas que produzcan nuevos sujetos políticos». (Cobarrubias y Pickles, 2009: 42).

Así, mientras que para Harvey el trabajo teórico sobre las categorías centrales del análisis geográfico es esencial para «desnaturalizar» los procesos económicos, las relaciones de producción y la manera en la que el sistema capitalista determina socialmente nuestros conceptos y teorías -pues sólo así es posible refundar la lucha política contra dicho sistema-, Jameson no cree que sea posible «salirse del sistema» o encontrar un lugar fuera de él desde el que luchar; de ahí que el «*cognitive mapping*», una vez ya abolidas otras formas de distancia crítica desde las que solía articularse la lucha marxista, sea la única forma bajo la que la resistencia podría darse en las sociedades postfordistas. En términos de Jameson, sólo queda operar sobre nuestros posicionamientos «como sujetos individuales y colectivos» dentro de ese espacio, y así «recuperar una capacidad de actuar y luchar que ha sido en la actualidad neutralizada por nuestra confusión espacial y social.» (Jameson, 1991).

Por otra parte, aquellos geógrafos más explícitamente comprometidos con el posmodernismo han mostrado diversidad de pareceres ante el valor de los trabajos de Jameson para la articulación de esas nuevas «políticas del espacio». Si bien algunos reaccionaron inicialmente con cierto «malestar» ante lo que fue percibido como el «peligro de ser [el posmodernismo] confinado en una particular lectura histórico-materialista» (Doel y Matless, 1991: 1), otros enseguida vieron las oportunidades que los análisis de Jameson *et al.* ofrecían, sobre todo en cuanto portadores de nuevas e inventivas formas de comprender las relaciones socio-espaciales (Dear, 2000: 62).

En este sentido, este grupo de geógrafos han tratado de ensayar otras lecturas geográficas de lo posmoderno, no sólo haciendo una relectura en clave posmoderna de Jameson y otros autores de la tradición espacial marxista (como Lefebvre, por supuesto)³⁶, sino explorando más en profundidad las posibilidades del propio análisis cultural posmoderno.

Así, geógrafos como M. Dear han tratado de mostrar que ni paisajes posmodernos, ni las posibilidades mismas del posmodernismo en tanto que forma de lectura de esos paisajes, se agotan en su simple interpretación como manifestación cultural de las fuerzas del capitalismo neoliberal, y de su capacidad de cooptación conservadora de todo estilo o diseño como medio de control social, sino que presentan otros aspectos más democratizadores. Por ello, han tratado de «abrir» las viejas categorías y la retórica del análisis crítico (la comodificación, el fetichismo de la mercancía, etc.) y profundizar en nuevas dimensiones de estos paisajes y de las prácticas que permiten, para mostrar las cualidades pluralistas, no jerárquicas e inclusivas de las que esos nuevos espacios son *también* portadores. (Ley y Mills, 2002: 376; Dear, 2000).³⁷

36 Cfr. Elden (2001) sobre los problemas de la apropiación de la obra de Lefebvre en la Geografía anglosajona. Un estudio crítico detallado, y similar al de S. Elden, sería necesario para el caso de las relecturas que E. Soja y M. Dear han hecho de la obra de Jameson.

37 Así, la aportación de estos geógrafos empieza justo en el punto en que Jameson o Harvey signan su rechazo al posmodernismo por su insuficiencia política. Esa diferente forma de comprender lo político entre estos dos grupos de autores, a pesar de compartir una cierta base materialista en sus proyectos, es esencial para comprender sus divergencias, y sobre todo la reticencia que autores como D. Harvey, N. Smith o C. Katz mantienen con respecto a las exploraciones posmodernas y postestructuralistas del espacio, por considerar que colapsan las distintas dimensiones y registros del espacio, y desestabilizan la jerarquía espacial y la prioridad del espacio material (Cfr. Puente, 2009a).

Estos geógrafos posmodernos han visto en los propios principios epistemológicos del posmodernismo el vehículo para hacer de esos «viajes sin mapa» alrededor de las urbes posmodernas, la clave de las nuevas políticas del espacio y articular estrategias culturales de resistencia, mediante mapas que son en sí mismos fragmentados y parciales, y no necesiten ya esa perspectiva totalizante (y al fin al cabo moderna, como le ha sido achacado a Jameson. Cfr. Kirby, 1996).

La posibilidad de una lectura crítica y política (o politizada) de esos nuevos paisajes radica precisamente en la capacidad de mantener abierta las interpretaciones y los significados de los mismos, como vía de una constante desestabilización de sus significados hegemónicos. Estos nuevos mapas flexibles, plurales y dinámicos son el reflejo de nuevas formas alternativas de navegar, material e imaginariamente, por tales espacios: son viajes que permiten adquirir nuevas visiones creativas, y políticamente articuladas, del espacio. Son, en ese sentido, un ejemplo representativo de la forma en que en las últimas décadas se ha concretado la «conciencia posmoderna del espacio» (Minca, 2001: 215).

Efectivamente, la «contorsión» y apertura teórica a la que obligan estos enfoques posmodernos con respecto a la comprensión y descripción del espacio, producen un profundo cuestionamiento de su tradicional ontología, al insertarlo en un proceso continuo e «infinitamente abierto» de re-significación (Soja, 1996). Esto lo convierte en un espacio imposible de cartografiar y categorizar «netamente» (esto es, cartografiar según la acepción moderna del término), pues los nuevos exploradores del espacio están ya «armados con la conciencia de que la cartografía que guía su viaje no es sino una entre miles, una del infinito número de posibles senderos en ese espacio, una de la infinidad de posibles descripciones de cada territorio.» (Minca, 2001: 220).³⁸

Como vemos, ambos tipos de exploraciones son viajes por los paisajes urbanos de la posmodernidad, y viajes en busca de nuevas cartografías que nos orienten en medio de ese caos y con las que entender las transformaciones recientes de las sociedades contemporáneas, sus tiempos y lugares; sin embargo, esa discusión conlleva una controversia teórica de profundas implicaciones, sobre cuáles son los principios que conseguirán cartografiar (dibujar o desdibujar, fijar o desestabilizar, ubicar o desubicar y mantener en constante estado de apertura) las nuevas relaciones y procesos que constituyen tales paisajes urbanos. En el caso de la Geografía esta disputa es la clave mima de la reconstrucción contemporánea de los enfoques críticos, bien sea bajo la actualización y nueva forma de legitimación de las categorías del análisis marxista, o en formas renovadamente posmodernas de entender las políticas del espacio.

38 Cfr., por ejemplo, la idea de E. Soja de la «radical apertura» del concepto de «*Thirdspace*» (1996), como forma posmoderna de conceptualizar esos nuevos espacios, o la idea de «postmetropolis» de este mismo autor (2000). Véanse también Minca (2001b) y Dear y Flusty (2002), o De Diego (2008) para un ejemplo de esas nuevas prácticas cartográficas desestabilizadoras.

El tipo de mapas que estos autores aquí citados buscan son, como ya hemos apuntado, de una naturaleza distinta y se apoyan en un reconocimiento y exploración explícita de los fundamentos geográficos de tal operación cartográfica (ausente en la obra de Jameson).

IV. PAISAJE, AUTENTICIDAD Y SIGNIFICADO: ENTRE LAS REPRESENTACIONES Y LAS PRÁCTICAS

La dependencia de la descripción de estos paisajes en nuevas formas explícitamente posmodernas de los mismo principios epistemológicos de este enfoque, así como la ambigüedad y tensiones de esta postura, han sido captadas acertadamente por C. Minca en la siguiente pregunta: «Pero si, de hecho, éstas son las condiciones que permitirían designar a un paisaje como posmoderno, ¿pueden tales espacios verdaderamente existir?» (*ibid.*, p. 215).

Efectivamente, el controvertido estatus de las interpretaciones contemporáneas de estos paisajes urbanos es, en este sentido, más elocuente en cuanto al proceso mismo de establecimiento de esos nuevos cánones descriptivos (en sus distintas versiones críticas) de lo posmoderno y la posmodernidad, que quizás en cuanto a los verdaderos problemas o naturaleza de dichos espacios. Así, han sido muchos los autores que han comentado cómo Jameson *et al.* han quedado atrapados en la misma fascinación por las formas que le es inherente al posmodernismo arquitectónico y en la propia desorientación que consideran es efecto de esos nuevos espacios, y que, sin embargo, sus metáforas y modos de análisis contribuyen a reforzar. Como afirman J. Fieldhouse y A. Ocran (1998: 62 y 78):

«La utilización de Jameson de la metáfora [de espejo] atrae al lector a una sala de espejos, deslumbrado por sus reflejos, girando en remolinos él mismo y el lector en patio de juegos teóricos, [y] y hace de la cultura posmoderna un cuarto de espejos sin salida. (...) Jameson y Soja no ofrecen una crítica de la pérdida de los límites, sino que más bien refuerzan ese efecto con su propio trabajo.»

Si bien es cierto que esto último se produce de forma más explícita en el caso de la obra de Soja, por el efecto ampliador y distorsionador que su lectura posmoderna de Jameson tiene, es posible que la concepción textualista de lo social que éste autor tiene (no olvidemos que el principal campo de estudio de Jameson es la Teoría literaria) esté en el origen de esos mismos efectos.

Así, no han sido pocos los autores que han sonreído ante la hiperbólica descripción del mundo contemporáneo que realiza Jameson, sintetizada en el famoso pasaje en que relata su experiencia en el Westin Bonaventure Hotel de Los Ángeles (EEUU), y que ha sido defendida y popularizada como *la* representación por excelencia de la «incomprensible espacialidad reestructurada del capitalismo tardío», en expresión de Soja (1989: 243), y de la subsiguiente desorientación contemporánea del individuo en los laberínticos espacios posmodernos.³⁹

Sin embargo, como acertadamente sugiere Kirby, conviene preguntarse en qué medida y por qué, este nuevo tipo de espacio posmoderno es un «problema». (Kirby, 1996: 50-54). Es decir, ¿desorientación para quién?, ¿y respecto a qué?

39 En otro texto el propio Soja se ha referido al Bonaventure Hotel como «el primer monumento histórico de la posmodernidad que valga la pena preservar» (1996: 18). Soja ha realizado una relectura controvertida, en términos de su propia adaptación de la idea de «heterotopía» de M. Foucault, del Bonaventure Hotel, reafirmando y extendiendo algunas de las tesis de Jameson y dando un sustrato material a las de J. Baudrillard. Cfr. Fieldhouse y Ocran (1998: 75 y ss.)

Uno de los principales ejes de la crítica a la interpretación de Jameson, que ha sido fundamentalmente desarrollado por sociólogos y antropólogos, tiene que ver con el privilegio irreflexivo que Jameson hace de la experiencia estética e intelectual de la cultura posmoderna (sobre todo, claro, el tipo de experiencia de productores y consumidores privilegiados como él mismo), dejando de lado los usos cotidianos y populares que otros grupos hacen de dicha cultura posmoderna y cómo se relacionan estos con dichos «artefactos». (Véase, por ejemplo, Featherstone, 1989).⁴⁰

Efectivamente, la de Jameson es una descripción doblemente ambigua si se tiene en cuenta la falta de validación empírica y de especificación sociológica de su análisis, pues como afirman Woodward *et al.* (2000: 342): «la única fuente de datos de Jameson parece ser su propia experiencia de perderse [en dichos entornos]». Paradójicamente, es a la vez esto lo que lo refuerza, pues la aparente validez de la interpretación de Jameson «proviene de su suposición de que cualquiera que entre en este espacio lo experimentaría de la misma manera.» (Kirby, 1996: 50).

Esta crítica se ha hecho extensible a otras obras que, aunque apoyadas en una documentación económica y socio-histórica exhaustiva (como Soja, 1996, en sus estudios de Los Ángeles) siguen sosteniendo, sin embargo, una interpretación generalizadora sobre la experiencia que se tiene en esos espacios, sin un estudio detallado sobre las prácticas que sus habitantes o visitantes *de hecho* desarrollan en ellos.⁴¹

De hecho, no sólo hemos carecido hasta hace relativamente poco de una explicación sociológica sólida de estos cambios contemporáneos⁴², sino que la multiplicación de teorías, vocabularios y metáforas espaciales que tratan de explicar estas nuevas realidades contemporáneas contrasta llamativamente con la falta de una investigación empírica que verdaderamente corrobore este tipo de diagnósticos del análisis cultural.⁴³

Del lado del feminismo las críticas han sido aún más duras⁴⁴, pues estas interpretaciones de la supuesta «dislocación» que afecta a los sujetos en el mundo contemporáneo han sido

40 Las otras dos líneas de crítica a Jameson han venido del lado postestructuralista, que se ha consagrado a poner en evidencia los «residuos» de modernismo que su obra contiene (el *cognitive mapping* como un punto de vista cenital, universalizante y absoluto, típicamente moderno, de reconstruir la totalidad del lo social como una nueva forma de verdad); o de la crítica postcolonial, que considera que este autor no sólo no comprende cómo ese nuevo hiperespacio posmoderno es producto de la red global de las relaciones y poderes neocoloniales, sino que además universaliza las características de un tipo de cultura propia de las ciudades norteamericanas de finales del siglo XX, cuya difusión es desigual en términos históricos y geográficos, en lo que no sería sino un «sesgo neoimperial típico de los discursos de los académicos metropolitanos» (During, 1987).

41 Cfr. Soja (1996: 20) donde habla explícitamente del uso de sus «propias experiencias de vivir por un corto periodo en el centro de Amsterdam» y sus «impresiones de vida». En Chivallon (2004: 50) encontramos una crítica a este respecto.

42 Cfr. por ejemplo Lash, 2007 [1990], o Sassen, 2007. Véase también Featherstone (1991) para una crítica temprana al impacto del posmodernismo en sociología y una advocación a construir una más urgente una sociología de la posmodernidad.

43 Cfr. Kaufmann (2002: 11 y ss.) y Woodward *et al.* (2000). Véase también en este sentido Thrift (2005: 345), sobre el abismo entre las reflexiones de algunos filósofos contemporáneos y los significados y formas en que muchos de sus habitantes o usuarios practican tales espacios; asimismo véase May y Thrift (2001: 35) sobre la falta de base etnográfica de las interpretaciones de los cambios en la experiencia espacio-temporal de la moderna teoría cultural y su carácter de «conjetura».

44 Massey (1991) y Deutsche (1991), especialmente a las obras de D. Harvey, en cuanto su noción de la «compresión espacio-temporal», comparte algunos puntos de la interpretación jamesoniana de lo posmoderno en cuanto a sus efectos.

reinterpretadas como «la desorientación de los académicos varones occidentales que desean una perspectiva totalizante del cambio.» (Bridge, 1997: 612). Así, esa experiencia agobiante de desubicación en los nuevos espacios urbanos parece hablar más de cómo ciertos grupos han vivido estas transformaciones contemporáneas, que de una experiencia de crisis uniforme para los distintos grupos sociales. Es más, dado que la percepción del espacio urbano y las formas de negociar los espacios públicos están fuertemente articuladas en términos de género, ni el diagnóstico de Jameson, ni la estrategia subsiguiente de re-orientación de los sujetos parecen susceptibles de ser generalizables (Kirby, 1996: 54; Fieldhouse y Ocran, 1998: 74).

K. Kirby, a este respecto, sentencia: «la ‘crisis’ en la subjetividad que Jameson describe puede ser una crisis sólo para aquellos sujetos que previamente fueron capaces de establecer su dominio sobre sus alrededores.» (*Ibid.*, p. 54). Por ello, el proyecto del «*cognitive mapping*» estaría también aquejado de los mismos problemas y limitaciones. Y continua esta autora: «Jameson a menudo se refiere a su nuevo programa como ‘*cognitive mapping*’, asumiendo aparentemente que los mapas cognitivos reintroducirán una base común de percepción y comprensión.» (p. 53), pero no parece posible, sin embargo, que éste sea capaz de incluir las subjetividades no dominantes, dados los sesgos de su propio análisis. McDowell (1996: 31) también ha insistido en la componente de género de esa experiencia posmoderna de la dislocación, que para algunas mujeres, al contrario, ha podido verse como «liberadora» en tanto que expansión de sus horizontes espaciales.

Por todo ello, en primer lugar, habría que empezar señalando que tanto la tesis baudriillardiana sobre la ruptura de la cadena significativa y el modelo de la «compresión espacio-temporal» o el paradigma de la «desorientación», así como los efectos que a estos procesos se le atribuyen con respecto a la experiencia temporal y espacial contemporánea, quizá no sean el mejor punto de partida en la reflexión sobre las cuestiones que aquí hemos tratado. Así, la manera de interpretar los dos problemas centrales en este artículo (el de la memoria y el de las nuevas lógicas espaciales) puede variar significativamente si observamos más de cerca los procesos de generación de significado que se están dando en nuestras sociedades, tanto en términos histórico, culturales o, sobre todo, en cuanto a los nuevos «sentido de lugar» que los individuos y grupos están desarrollando respecto a los paisajes urbanos contemporáneos. Efectivamente, se han producido cambios profundos en los regímenes espacio-temporales actuales, pero sus consecuencias son mucho más heterogéneas en términos de su impacto en los distintos grupos sociales y requieren un análisis detenido de sus propias complejidades.

Como J. Kneale (1998: 13) señala: «Si los paisajes pueden ser leídos como textos, lo que parece probable, tal vez sea el momento de que escuchemos a aquellos lectores cuyas prácticas interpretativas no están sancionadas por la institución de la crítica», y de que prestemos, por tanto, más atención a la percepción real y a la experiencia que tienen los habitantes o visitantes de dichas ciudades y a la manera en que establecen sus significados en los usos que hacen de éstas. Así, el tipo de interpretaciones aquí comentadas a menudo ignoran o menosprecian la capacidad constructiva de los individuos y grupos para apropiarse creativamente de dichos espacios, gestionar la creciente heterogeneidad o dispersión de las fuentes simbólicas que componen tales paisajes y generar colectiva-

mente sentido de toda esa gama de entornos que han sido peyorativamente calificados como «no lugares».⁴⁵

El énfasis que estas formas de interpretación han puesto en la crítica a los procesos (económicos, sociales, etc.) subyacentes a las transformaciones de estos paisajes ha desviado la atención de la riqueza y diversidad de las prácticas que en ellos tienen lugar. Asimismo, la preocupación por los «efectos de poder», la naturalización de la ideología que estos producen o los determinantes económicos que conforman tales paisajes y que sus representaciones, o las formas contemporáneas de «comodificación», que ocultan, han acabado por hacer que ignoren las maneras creativas en que los sujetos pueden subvertir esos significados hegemónicos.⁴⁶

Efectivamente, son muchas las personas que encuentran en esos lugares entornos de alta sociabilidad y la plataforma para la generación de sus identidades de grupo, en la medida en que ello les permite entrar en contacto con sus referentes culturales, a menudo globales, y efectivamente, plagados de alusiones a la publicidad, la música y nuevas formas de cultura popular. De hecho, y dada la familiaridad de muchos grupos sociales (especialmente en EEUU) con este tipo de productos de la industria cultural (sobre todo la hollywoodiense), resulta poco creíble que esos mismo artefactos tuvieran en el momento en que Jameson los describe ningún tipo de efecto verdaderamente desorientador, pues en el peor de los casos dichos efectos han sido parte central de la experiencia de la cultura popular norteamericana.⁴⁷

Como irónicamente ha señalado R. Solnit:

«En los años 1970 y 80 (...), una multitud errante de teóricos —entre ellos Umberto Eco, Jean Baudrillard, Frederic Jameson— invadieron California, describiéndola como la capital del posmodernismo, el lugar al que el futuro había llegado. Si hubieran simplemente empleado tanto tiempo leyendo la historia de la región como emplearon mirando fijamente por la ventanilla del coche y viendo la televisión, se hubieran dado cuenta de que los parques temáticos y los tiroteos

45 De hecho, esta noción presenta un problema similar. V. Kauffman ha señalado cómo el uso de ésta es «completamente sintomático» de la total ausencia de dialéctica entre la investigación teórica y empírica que se da actualmente en las Ciencias Sociales. Kauffman (2002: 11-12.). Véase también a este respecto Merriman (2004: 147-153).

46 Cfr. MAY & THRIFT (2001: 20) sobre la capacidad de los individuos para gestionar los supuestos efectos desorientadores de los procesos (pos) modernizadores. Por otra parte, esa falta de atención a este tipo de prácticas ha sido señalada como prueba de la manera en que estas lecturas legitiman la propia postura privilegiada del crítico (la única «auténticamente crítica»), frente a las percepciones de otros sujetos, simples e ingenuos consumidores de esos paisajes. Cfr. Rose (1993: 100). También cfr. Burgess (1990: 140), quien ha comentado sobre estas lecturas posmodernas del paisaje: «El analista permanece en la posición dominante de decirle a los lectores lo que estos paisajes significan para la gente que negocia y vive en ellos.»

47 Aunque efectivamente muchos centros comerciales están diseñados siguiendo una lógica de saturación perceptiva del consumidor para tratar que esa posible desorientación aumente el consumo por parte de estos, la familiaridad y las habilidades de cualquier adolescente medio norteamericano para navegar por estos espacios, o para reapropiarse lúdicamente sus cualidades laberínticas, son más que evidentes. Cfr. Woodward *et al.* (2000). Véanse también los análisis de Buchanan (2005) sobre cómo el cine negro, y en concreto el de Hitchcock ya había adelantado este tipo de hiperespacios posmodernos, o los análisis similares sobre la representación de estos espacios en la novela negra de los años 20 en Highmore (2005: 92-115).

desde coches, los policías corruptos y los políticos actores, la amnesia y el blanqueo de la identidad no eran nada nuevo.» (Solnit, 2007: 22-3)

Asimismo, por ejemplo, si bien es cierto que la denominada «tematización» de muchas zonas (las antiguas y más turísticas, a menudo) de las ciudades contemporáneas implica una determinada forma de entender la Historia y la diferencia cultural, y que hay un componente lúdico en la relación con este tipo de entornos tematizados, no es menos cierto que la variedad de prácticas y de formas de relacionarse con dichos entornos es considerable, y a menudo auto-reflexiva⁴⁸. Precisamente K. Till, hablando de la «reciente popularidad de los lugares de memoria como sitios turísticos» (Till, 2003: 297) comenta que ello no implica necesariamente la aceptación o recepción pasiva y acrítica de las formas en que dichos lugares se auto-presentan, ni conlleva que «los visitantes acepten las narrativas expuestas, o que compartan interpretaciones o experiencias uniformes de esos lugares.» (*Ibidem*).

Por ello, es necesario señalar que la homogeneización visual y formal a la que los lugares contemporáneos están sometidos como consecuencia de ciertos procesos de restructuración urbana no supone de manera automática, sin embargo, una homogeneización de las prácticas, ni la trivialización o pasividad en la recepción de las narrativas (históricas o no) de dichos lugares. De ahí que se haya hablado, por ejemplo, de la figura del «post-turista» (Feifer, 1985) como aquel que se relaciona de manera irónica, y por tanto con cierta distancia crítica, respecto a dichos entornos.

En este sentido, es importante no confundir la transformación de ciertos lugares en objetos de consumo de masas (y el conjunto de procesos y presiones a los que están sometidos los lugares contemporáneos dada la proliferación de infraestructuras para el acceso, gestión y consumo de los mismos, y las subsiguientes estrategias semióticas de presentación de su historia o significado), con la banalización. Esta última es una categoría que se sitúa en un nivel de análisis distinto al que se refiere el primer proceso, y no sólo debe de ser analizada exclusivamente en términos de la emisión y codificación de los significados de esos paisajes, sino que debe integrar el estudio de la recepción y transformación de los mismos por parte de los sujetos en su uso y contacto con los mismos.⁴⁹

Además, la típica imagen -dominante hasta hace poco en los estudios culturales- que reduce estos paisajes urbanos altamente turistizados a «espacios inertes» o meras «superficies inscritas» (Crouch, 2002: 208) por las lógicas del consumo que transmutan su contenido histórico en «pseudo-eventos» (Boorstin, 1961), está siendo abandonada por muchos autores que están tratando de reconducir el estudio de dichos paisajes a otros parámetros. Para ello se concede un mayor protagonismo a las prácticas (en todas sus dimensiones: corporales, materiales, discursivas, simbólicas, etc.) que los sujetos despliegan en tales lugares, para así

48 En el sentido en que Lash y Urry (1994) hablan de «reflexividad estética» y la defensa de J. May y N. Thrift sobre la existencia de un «diversidad de experiencias» en el sistema capitalista de relaciones sociales. (May y Thrift, 2001: 36).

49 El otro par que suele ir asociado con éste es el de «*depthlessness-shalowness*». Es decir, hacer equivaler la supuesta falta de profundidad de ciertos modos de representación, con la vaciedad o superficialidad política, esto es, sus efectos entorpecedores con respecto a cualquier proyecto político o de lucha social. (Cfr. Deutsche, 1991: 22).

tratar de captar el dinamismo de la compleja matriz de procesos que producen tales paisajes y sus cambiantes significados.⁵⁰

Otro ejemplo, en esta misma dirección, sería la de la propuesta del concepto del «territoriente» Muñoz (2008: 26 y ss.) para referirse a ese nuevo tipo de habitantes de las ciudades que mantienen distinto tipo de relaciones con los lugares, o que usan de manera diversa el territorio en función del momento del día o de la semana, o de las distintas prácticas de movilidad y ocupaciones que estructuran su vida. Los «territoriantes» son, por tanto, capaces de generar vinculaciones de muy diversa naturaleza con lugares también de muy diverso tipo; de ahí que se esté hablando cada vez más de la necesidad de analizar dichos lugares y paisajes no sólo teniendo en cuenta su apariencia formal o su estética, si no el tipo de prácticas y usos que permiten, con la finalidad de comprender las nuevas formas de complejidad que estos lugares están generando (relacionadas, por ejemplo, con la multiplicidad de roles que estos lugares permiten y la interacción entre esos roles).⁵¹

En el caso concreto de la memoria, es posible argumentar que la utilización de estrategias de representación propias de la sociedad mediática y del espectáculo no implica inevitablemente una degradación o perversión del pasado, por mucho que la simplificación que ciertos modos narrativos imponen lleve a pensar que esto siempre es así. La presencia simultánea en la esfera pública de distintas *formas de representar* un mismo hecho histórico podría ser interpretada, más que como la oposición irreconciliable de fenómenos o de categorías estéticas, como la muestra de la diversificación de los registros y formas de la memoria en el mundo contemporáneo y de una mayor complejidad en las formas de relación con el tiempo (Lussault, 1999: 235), así como un ejemplo de la demanda, por parte de un público masivo, de productos culturales, bien de contenido histórico o bien capaces de dar expresión a cuestiones relevantes, y a menudo traumáticas, en las sociedades contemporáneas.⁵²

En buena medida, la condena que muchos teóricos han lanzado a estos productos culturales por considerarlos banales, o «recreaciones falsas» e «inauténticas» del pasado en el caso de los entornos turísticos, esconde y reproduce la vieja dicotomía entre la alta cultura y la cultura popular (lo que Huyssen ha llamado «la gran división»), así como ciertos sesgos o juicios moralizantes y algo nostálgicos propios de la tradición crítica y de la Escuela de Frankfurt en su reflexión inicial sobre la industria cultural como mera «pseudo-cultura».⁵³

50 Así, por ejemplo, resulta interesante la idea de D. Crouch de «paisajes turistificados» (o turistizados) [*touristed landscapes*] para evitar el término más peyorativo de «paisajes turísticos» y poner el énfasis en el proceso mismo y las distintas prácticas que han convertido tal paisaje en foco del turismo y modificado sus significados y simbologías. D. Crouch ha afirmado: «Usamos el término turistificado para señalar que los turistas frecuentan de manera significativa esos paisajes y su formación (...) [y que esto] conlleva las posibilidades de comprender el paisaje como visitado [*toured*] y vivido.» (2004: 3).

51 Un trabajo muy interesante a este respecto es Kolb (2008). Cada vez son más numerosos los trabajos que se están realizando para explorar e interpretar de nuevas maneras la experiencia geográfica contemporánea y los nuevos sentidos dinámicos del lugar (en otra parte hemos hecho una revisión exhaustiva de este tipo de trabajos: Puente, 2009b).

52 A. Huyssen pone el ejemplo de la película *Shoah* de C. Lanzmann frente a *Schindler's List* de Spielberg o *La vita è bella* de R. Benigni como modos fílmicos totalmente diferentes, y probablemente dirigidos también a públicos distintos, de representar un mismo hecho histórico (Huyssen, 2003: 18-19). Otro ejemplo posible sería el del reciente tratamiento de la guerra de Irak en el cine norteamericano, teniendo en cuenta los distintos modos en que se está haciendo, desde *In the Valley of Elah* (P. Haggis, 2007) o *Grace is gone* (J. C. Strouse, 2007).

53 Cfr. Goonewardena (2005: 51-62), Stauth y Turner (1988) y Huyssen (1986 [2002]).

Deshacer esta conexión entre «comodificación» y banalización (y las jerarquías culturales y espaciales que éstas establecen), sin embargo, es una operación conflictiva, dada la centralidad de la tesis de la alienación en los análisis críticos de la cultura de masas y la asunción de la validez de las tesis marxistas sobre el fetichismo de la mercancía y la premisa básica de la sustitución del valor de uso por el valor de cambio en los sistemas capitalistas. Ésta premisa no sólo queda incuestionada en muchos trabajos contemporáneos, sino que la propia profusión, en las últimas décadas, de análisis culturales en clave espacial que se han desarrollado dentro de los parámetros de interpretación que aquí hemos estado considerando, ha reforzado estas conexiones. Pues, como acertadamente afirman Woodward *et al.* (2000: 341-2), aquello por lo que en el fondo resultan atractivos para la crítica cultural este tipo de análisis de los «no-lugares» (y tan poderosa la alianza entre esos dos ámbitos de estudio) es porque «proporciona[n] un punto de apoyo para una nueva especificación espacial de las tradiciones del pensamiento crítico que van desde Marx a Lukács y a Marcuse acerca de los vínculos entre el capitalismo, la comodificación y la incapacidad de la subjetividad humana para aprehender la totalidad de las relaciones sociales capitalistas.»

Esto remite al problema de los límites mismos de las algunas de las categorías centrales en este tipo de análisis críticos, como es el caso de la noción de «autenticidad» y sus dicotomías subyacentes, y de los límites que estos muestran para interpretar más compleja y discriminativamente las nuevas formas de significado, e ir más allá de las tesis del «empobrecimiento de la experiencia» y la imposibilidad de trascender la fragmentación contemporánea o alcanzar una autenticidad que ya para siempre está en otra parte (otra cultura, otras sociedades).

Por todo ello, parece necesario analizar desde una óptica renovada los diversos retos que la globalización conlleva para los paisajes urbanos contemporáneos, y ya no sólo en el plano cultural, como aquí se ha subrayado al hablar del fuerte impacto de la cultura mediática y visual en las formas y el contenido de la memoria colectiva, sino también en el plano político (y de sus políticas de memoria, también). De este modo, aunque el ámbito privilegiado de la gestión de la memoria, en cuanto a la formación de la identidad y su fijación en paisajes y lugares, haya sido en los últimos siglos la nación, la importancia de ciertos movimientos políticos globales (antisistema, ecologistas, en defensa de los derechos humanos, etc.) están permitiendo el desarrollo de nuevas formas de memoria colectiva y de identificación o acción política, así como la creación de una nueva topografía en que lugares como Seattle, Génova o Auschwitz son ya importantes —aunque controvertidos— referentes en imaginario global y la memoria colectiva de las sociedades contemporáneas.⁵⁴

Buena parte de los problemas actuales con el pasado —tanto la obsesión memorialística, como la actitud que desacredita compulsivamente ciertas formas contemporáneas de memoria o de relacionarse con los lugares, por su «inautenticidad»—, es sintomática de cómo los cambios en los regímenes espacio-temporales han producido una cierta ansiedad ante el cambio acelerado y una nostalgia de formas más sólidas de anclaje espacio-temporal. En

⁵⁴ Para un discusión sobre la posibilidad, o no, de una memoria global más allá de lo meramente cultural y, por tanto, sobre la relación entre la dimensión política de la memoria y la escala nacional, véase Legg (2005), Huysen (2003: 6-29), Levy y Sznajder (2002), Halas (2008) y Barthel-Bouchier & Min Hui (2007), Beck (2000: 90 y ss.). Sobre la idea de una «cultural global» véase King (2004: 23-44).

este sentido, el crítico alemán A. Huyssen habla del deber de reflexión crítica sobre el tipo de culturas de la memoria que queremos, podemos y debemos poner en marcha, y lo hace con el fin de subrayar el hecho de que los medios de comunicación masiva o las formas de representación en entornos orientados al turismo y al consumo del pasado no son «inherentemente irreconciliables con ese propósito» (*Ibid.*, p. 29) de mejorar la calidad de nuestras prácticas de memoria (u olvido). Así, este mismo autor ha analizado algunos de los casos actuales de construcción de memoriales o de los procesos de renovación urbana en ciudades marcadas fuertemente por la Historia o por un pasado traumático (como es el caso de Berlín o ciertas zonas de Buenos Aires) en que dichas intervenciones artísticas o monumentales no sólo han resultado un éxito, sino que han suscitado una respuesta muy positiva por parte de los habitantes, y se han integrado en la totalidad del tejido urbano. (*Ibid.*, p. 30-109).

Resulta ya evidente que las sociedades contemporáneas se enfrentan a importantes retos a la hora de articular su identidad y gestionar los acelerados cambios a los sus paisajes son sometidos, pero no hay que olvidar la heterogeneidad y la complejidad con que estos procesos se manifiestan en las distintas partes del mundo. Pues los «*cityscapes*» sobre los que los autores aquí comentados han reflexionado no son sino un particular tipo de los muchos paisajes de la globalización: esos escenarios urbanos, como el Baltimore consagrado por Harvey (2002), que han nacido de las ruinas de la antigua ciudad industrial, de las factorías abandonadas y los viejos espacios industriales ahora vacíos y desmontados, como consecuencia de los cambios en la economía capitalista. El rol que la arquitectura posmoderna ha jugado en la remodelación de las geografías urbanas globales y el posicionamiento de éstas en el «escaparate internacional» han sido dos de los parámetros más importantes que han regido el análisis de estos espacios. Pero la multitud de prácticas que en ellos tienen lugar tiene que ser considerada como parte consustancial del significado de los mismos. Se trata, por tanto, de que ese «nuevo paradigma para pensar acerca del tiempo y el espacio, la historia y la geografía en el siglo XXI» Huyssen (2003: 4) permita comprender estos paisajes en toda su complejidad y particularidades.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERTSEN, N. (1988): «Postmodernism, post-fordism, and critical social theory», *Society and Space*, 6, pp. 339-365.
- ALBET, A. (1994): «Geografía, postmodernisme, geografia postmoderna: aportacions al debat», *Documents d'anàlisi geogràfica*, 24, pp. 7-11.
- ALBET, A., BENACH, N., GARCIA HERRERA, L. M., SANTOS, X. M. (2004): «Del postmodernismo a las nuevas geografías culturales», *Treballs de la SCG*, 53, pp. 141-158.
- BARNES, T., DUNCAN, J. (Eds.) (1992): *Writing Worlds. Discourse, text and metaphors in the representation of landscape*. Londres y Nueva York, Routledge.
- BARTHEL-BOUCHIER, D., MIN HUI, M. (2007): «Places of Cosmopolitan Memory», *Globality Studies Journal*, 5, <http://www.sunysb.edu/globality/Articles/no5.html>.
- BATE, C. (2006): «Reading the illegible cityscapes of postmodern fiction», en C. Linder (Ed.) *Urban Space and Cityscapes. Perspectives from modern and contemporary culture*. Londres y Nueva York, Routledge, pp. 112-121.

- BAUDRILLARD, J. F. (1978 [1993]): *Cultura y Simulacro*, Barcelona, Editorial Kairos.
- (1997): *Pantalla total*, Barcelona, Anagrama.
- BECK, U. (2000) «The cosmopolitan perspective: sociology of the second age of modernity», *British Journal of Sociology*, 51, 1, pp. 79–105.
- BÉGOUT, B. (2007 [2002]): *Zerópolis*, Barcelona, Anagrama.
- BESSE, J.M. (2004): «Le postmodernisme et la géographie. Éléments pour un débat», *L'espace géographique*, 33, 1, pp. 1-5.
- BOORSTIN, D. J. (1961 [1992]): *The Image: A Guide to Pseudo-Events in America*, New York, Vintage.
- BRIDGE, G. (1997): «Mapping the terrain of time - space compression: power networks in everyday life», *Environment and Planning D: Society and Space*, 15, 5, pp. 611-626.
- BRUNO, G. (1987): «Ramble City: Postmodernism and Blade Runner», *October*, 4, pp. 61-74.
- BUCHANAN, I (2005): «Practical Deleuzism and Postmodern Space», *New Formations*, 57, pp. 26-38.
- BUCHANAN, I., LAMBERT, G. (Eds.) (2005): *Deleuze and Space*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2006, pp. 1-35.
- BURGESS, J. (1990): «The production of consumption of environmental meanings in mass media: a research agenda for the 1990s», *Transactions of the Institute of British Geographers NS*, 15, 2, pp. 139-161.
- CAIRNS, S. (2006): «Cognitive mapping the dispersed city», en C. Lindner (Ed.) *Urban Space and Cityscapes. Perspectives from modern and contemporary culture*. Londres y Nueva York, Routledge, pp. 192-205
- CASTELLS, M. (1996): *La era de la información. La sociedad red*, Madrid Alianza Editorial, ed. 2001.
- CHIVALON, C. (1999a) «La géographie britannique et ses diagnostics sur l'époque post-moderne», *Cahiers du Québec*, 43, 118, pp. 97-119.
- (1999b) «Les pensées postmodernes britanniques ou la quête d'une pensée meilleure», *Cahiers du Québec*, 43, 119, pp. 293-322.
- (2004) «Débattre autour du postmodernisme: commentaries de textes choisis», *L'Espace Géographique*, n° 1, pp. 43-58.
- CLAVAL, P. (1992) «Postmodernisme et géographie», *Géographie et cultures*, 4, pp. 3-24.
- COBARRUBIAS, S., PICKLES, J. (2009): «Spacing movements. The turn to cartographies and mapping practices in contemporary social movements», en B. Warf y S. Arias (Eds.) *The spatial Turn. Interdisciplinary perspectives*, Oxon y Nueva York, Routledge, pp. 36-58.
- COSCUELA I TARROJA, A. (1994): «Darrera els postmodernistes, o les geografies culturals del capitalisme tardà», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 24, pp. 13-58.
- COSGROVE, D. (1984): *Social formation and symbolic landscapes*, Londres, Croom Helm.
- (2002): «Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista», *Boletín de la A.G.E.*, 34, pp. 63-89.
- COSGROVE, D., DANIELS, S. (1988): *The Iconography of Landscape*, Cambridge, Cambridge University Press.

- CRANG, M., THRIFT, N. (2000 [2003]): *Thinking Space*, Londres/N. York, Routledge.
- CROUCH, D. (2002): «Surrounded by place. Embodied encounters», in S. Coleman y M. Crang (Eds.): *Tourism: Between Place and Performance*, Oxford: Berghahn, pp. 207-218.
- (2004): «Tourist Practices and Performances», en A. Lew, C. Hall, W. Allan (Eds.): *A companion to tourism*, Malden, Blackwell, pp. 85-95.
- DAVIS, M. (1985): «Urban Renaissance and the Spirit of Postmodernism», *New Left Review*, 151, pp. 107-113
- DAYLIGHT, R. (2008): «The Language of Postmodern Space», Philament. An online journal of the arts and culture, 12, pp. 1-21, http://www.arts.usyd.edu.au/publications/philament/issue12_pdfs/DAYLIGHT_PostmodernSpace.pdf
- DEAR, M. (1988): «The postmodern challenge: reconstructing human geography», *Transactions of the Institute of British Geographers NS*, 13, pp. 262-74.
- (1991) «Review of *The Condition of Postmodernity*», *Annals of Association of American Geographers*, vol. 81, n° 3, pp. 533-539.
- (2000): *The Postmodern Urban Condition*, Malden/Oxford, Blackwell.
- (2001): «The postmodern Turn», en C. Minca (Ed.): *Postmodern Geography. Theory and Praxis*, Oxford, Blackwell, pp. 1-34.
- DEAR, M. J., FLUSTY, S. (2002): *The Spaces of Postmodernity. Readings in Human Geography*, Malden y Oxford, Blackwell.
- DE CERTEAU, M. (1990 [2004]): *L'invention du quotidien. Arts de faire*, París, Gallimard.
- DE DIEGO, E. (2008): *Contra el mapa*, Madrid, Siruela.
- DEUTSCHE, R. (1991): «Boys town», *Environment and Planning D: Society and Space*, 9, pp. 5-30.
- DODGSHON, E. A. (1999): «Human geography at the end of time? Some thoughts on the notion of time-space compression», *Environment and Planning D: Society and Space*, 17, pp. 607-620.
- DOEL, M., MATLESS, D. (1992): «Geography and Postmodernism», *Society and Space*, 10, pp. 1-4.
- DUNCAN, J. S., DUNCAN, N. (1988): «(Re)reading the landscape», *Environment and Planning D. Society and Space*, 6, pp. 117-126.
- (1992): «Ideology and Bliss. Roland Barthes and the secret histories of landscape», en T. J. Barnes, J. S. Duncan (Eds.): *Writing Worlds. Discourse, text and metaphors in the representation of landscape*. Londres y Nueva York, Routledge, pp. 18-37.
- DUNCAN, J., LEY, D. (1993): *Place/Culture/Representation*, Londres y N. York, Routledge.
- DURING, S. (1987): «Postmodernism or Post-colonialism today», *Textual Practice*, 1, 1, pp. 32-47.
- DUVAL, J. N. (1999): «Troping History: Modernist Residue in Fredric Jameson's Pastiche and Linda Hutcheon's Parody - Critical Essay», *Style*, http://findarticles.com/p/articles/mi_m2342/is_3_33/ai_62828819/
- ELDEN, S. (2001). «Politics, Philosophy and Geography Henri Lefebvre in Recent Anglo-American Scholarship», *Antipode*, 33, 5, pp. 809-825.

- FEATHERSTONE, M. (1989): «Postmodernism, Cultural Change and Social Practice», en D. Kellner (Ed.): *Postmodernism, Jameson, Critique*, Washington, Maisonneuve Press, pp. 117-59.
- (1991 [2005]): *Consumer Culture and Postmodernism*, Londres y Thousand Oaks, SAGE.
- FEIFER, M. (1985): *Going places*, Londres, McMillan.
- FIELDHOUSE, J., OCRAN, A. (1998): «Jameson's Folly: Architecture, Postmodernism and the Cultural (Para)logic of late capitalism», *Space and Culture*, 1, 3, pp. 6-85.
- GOONEWARDENA, K. (2004): «Urban Space and Political Consciousness», *Review of Radical Political Economics*, 36, 2, pp. 155-176
- (2005): «The Urban Sensorium: Space, Ideology and the Aesthetization of Politics», *Antipode*, 37, 1, pp. 46-71.
- GRAHAM, S., MARVIN, S. (2001): *Splintering Urbanism: networked infrastructures, technological mobilities and the urban condition*, Londres y Nueva Yoprk, Routledge.
- GREGORY, D. (1994): *Geographical Imaginations*, Cambridge (MA) y Oxford, Blackwell.
- HALAS, E. (2008): «Issues of Social Memory and their Challenges in the Global Age», *Time & Society*, 17, 1, pp. 103-118.
- HARVEY, D. (1989): *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Basil Blackwell.
- (1996): *Justice, nature and the geography of difference*, Cambridge (MA) y Oxford, Blackwell.
- (2003): *Espacios de esperanza*, Madrid, Ediciones Akal.
- HELMMLING, S. (2001): *Frederic Jameson. Writing, the Sublime, and the Dialectic of Critique*, Albany, State University of New York Press.
- HIGHMORE, B. (2005): *Cityscapes. Cultural readings in the Material and the Symbolic City*, Londres, Palgrave MacMillan.
- HOPKINS, J. (1990): «West Edmonton Mall: Landscape of myths and elsewhere», *The Canadian Geographer*, 34, 1, pp. 2-17.
- HUYSEN, A. ([1986] 2002): *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- (1994): *Twilight Memories. Marking Time in a Culture of Amnesia*, Nueva York/Londres, Routledge.
- (2003): *Present Pasts. Urban Palimpsests and the Politics of Memory*, Standford, Standford University Press.
- IRR, C., BUCHANAN, I. (Eds.) (2006): *On Jameson. Form postmodern to Globalization*, Albany, State University of New York Press.
- JAMESON, F. (1989): «Marxism and Postmodernism», *New Left Review*, 176, pp. 31-45.
- ([1991] 2005): *Postmodernism or, the cultural logic of late capitalism*, Durham, Duke University Press. (Traducción española: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós Ibérica, ed. 1991)
- (1998): «The Brick and the Balloon: Architecture, Idealism and Land Speculation», *New Left Review*, 228, pp. 24-46.
- KAVARATZIS, M. (2004): «From city marketing to city branding: Towards a theoretical framework for developing city brands», *Place Branding*, 1, 1, pp. 58-73.

- KAVARATZIS, M., ASHWORTH, G. J. (2005): «City Branding: An Effective Assertion of Identity or a Transitory Marketing Trick?», *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 96, 5, pp. 506-514.
- KAUFMANN, V. (2002): *Re-thinking mobility. Contemporary Sociology*, Aldershot, Ashgate.
- KEARNS, G., PHILO, (Eds.) (1993): *Selling Places: The City as a Cultural Capital*, Londres, Pergamon Press.
- KELLNER, D. (1989): *Jean Baudrillard. From Marxism to Posmodernism and Beyond*, Cambridge, Polity Press,
- KING, A. D. (2004): *Spaces of Global Cultures. Architecture, Urbanism, Identity*, Nueva York, Routledge.
- KIRBY, K. (1996): «Re: Mapping Subjectivity. Cartographic vision and the limits of politics», en N. Duncan (Ed.) *BodySpace*. Londres y Nueva York, Routledge, pp. 45-55.
- KIRSCH, S. (1995): «The incredible shrinking world? Technology and the production of space», *Environment and Planning D: Society and Space*, 13, 5, pp. 529-555.
- KNEALE, J. (1998): «Landscapes, Texts and Scriptural Imperialism», www.geog.sussex.ac.uk/grc/ResearchPapers/Paper33.pdf.
- KOLB, D. (2008): *Sprawling places*, Athens, University of Georgia Press.
- LAGOPOULOS, A. P. (1993): «Postmodernism, geography, and the social semiotics of space», *Environment and Planning D: Society and Space*, 11, pp. 255-278.
- LASH, S. ([1990] 2007): *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- LASH, S., URRY, J. (1994): *Economies of Signs and Space*, Londres, SAGE.
- LATOUR, B. (2007 [2001]): *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- LEGG, S. (2005): «Contesting and surviving memory: space, nation, and nostalgia in *Les Lieux de Mémoire*», *Environment and Planning D: Society and Space*, 23, pp. 481-504.
- LEVY, D., SZNAIDER, N. (2002): «Memory Unbound: The Holocaust and the Formation of Cosmopolitan Memory», *European Journal of Social Theory*, 5, 1, pp. 87-106.
- LEY, D., MILLS, C. (2002): «Can There be A Postmodernism of Resistance in the Urban Landscape?», en M. Dear y S. Flusty (Eds.): *The Spaces of Postmodernity. Readings in Human Geography*, Malden/Oxford, Blackwell, pp. 371-377.
- LINDNER, C. (Ed.) (2006): *Urban Space and Cityscapes. Perspectives from modern and contemporary culture*. Londres y Nueva York, Routledge.
- LUSSAULT, M. (1999): «Reconstruire le bureau. (Pour en finir avec le spatialisme)», en C. Chivallon, P. Ragouet, M. Samers (Eds.) *Discours scientifiques et contextes culturels: géographies britanniques et françaises à l'épreuve postmoderne*, Talence: Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine, pp. 225-251.
- LYNCH, K. (1960 [1998]): *La imagen de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- MADERUELO, J. (2006) (Ed.): *Paisaje y pensamiento*, Madrid, Abada Editores.
- MASSEY, D. (1991): «Fexible sexism», *Environment and Planning D: Society and Space*, 9, 1, pp. 31-57.
- MATTELART, T. (2001): «L'internationalisation de la télévision entre déterritorialisation et reterritorialisation», en D. Pagès y N. Pélissier (Dirs.) *Territoires sous influence* (vol. 2), París, L'Harmattan, pp. 205-247.

- MAY, J., THRIFT, N. (2001): *Timespace. Geographies of temporality*, Londres, Routledge.
- McDOWELL, L. (1993): «Towards and understanding of the gender division of urban space», *Society and Space*, 1, 1, pp. 59-72.
- McKOSKI, N. (1993): «A Postmodern Critique of the Modern Projects of Frederic Jameson and Patricia Bizzel», *JAC. Rhetoric, writing, culture, politics*, 13, 2, http://www.jacweb.org/Archived_volumes/Text_articles/V13_I2_McKoski.htm
- MERRIMAN, P. (2004) «Driving Places. Marc Augé, Non-Places, and the Geographies of England's M1 Motorway», *Theory, Culture & Society*, 21, 4/5, pp. 145-167.
- MERRIMAN, P. (2004): «Driving Places. Marc Augé, Non-Places, and the Geographies of England's M1 Motorway», in *Theory, Culture & Society*, 21, 4/5, pp. 145-167.
- MINCA, C. (Ed.) (2001a): *Postmodern Geography. Theory and Praxis*, Oxford, Blackwell.
- (2001b): «Postmodern Temptations», en C. Minca (Ed): *Postmodern Geography. Theory and Praxis*, Oxford, Blackwell, pp. 196-225.
- MIRRELES, T. (2005): «Cognitive Mapping or, the Resistant Element in the Work of Fredric Jameson: A Response to Jason Berger», <http://clogic.eserver.org/2005/mirrlees.html>
- MUÑOZ, F. (2008): *Urbnalización. Paisajes comunes, lugares globales*, Barcelona, Gustavo Gili.
- NOGUÉ, J. (2007a): «Territorios sin discurso, paisajes sin imaginario: retos y dilemas», *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, 73-74, pp. 373-382.
- (2007b) (Ed.): *La construcción social del paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2008) (Ed.): *El paisaje en la cultura contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- OLALQUIAGA, C. (1992) *Megalopolis. Contemporary Cultural Sensibilities*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- OLSSON, G. (2007): *Abysmal. A Critique of Cartographic Reason*, Londres y Chicago, The University of Chicago Press.
- PAQUOT, T., YOUNÈS, C. (Dir.) (2009): *Le territoire des philosophes. Lieu et espace dans la pensée au XXe siècle*, París, La Découverte.
- PICKLES, J. (2004): *A History of Spaces. Cartographic reason, mapping and the geo-coded world*, Londres, Routledge.
- PIKE, A. (2009): «Brand and Branding Geographies», *Geography Compass*, 3,1, pp. 190–213.
- PODMORE, J. (1998): «(Re)Reading the 'Loft Living' Habitus in Montréal's Inner City», *International Journal of Urban and Regional Research*, 22, 2, pp. 283-302.
- PUENTE, P. (2008): «Re-thinking movement, travel and tourism in connection with contemporary theories of place», Presentación en la conferencia anual de la *International Association for the Study of Environment, Space, and Place* (Towson University, Maryland, EEUU), abril de 2008.
- (2009a): «Más que metáforas. Perspectivas críticas, exploraciones del espacio y otras aventuras contemporáneas», en prensa.
- (2009b): «Nuevas formas de experiencia geográfica. Manifiesto contra la idea de no-lugar», manuscrito.
- ROSE, G. (1994): «The cultural politics of place: local representation and oppositional discourse in two films», *Transactions of Institute of British Geographers NS*, 19, pp. 46-60.

- (1996): «As if the Mirror Had Bled. Masculinist dwelling, masculinist theory and feminist masquerade», en N. Duncan (Ed.): *BodySpace*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 56-74.
- ROSE, M. (2006): «Gathering ‘dreams of presence’: a project for the cultural landscape», *Environment and Planning D: Society and Space*, 24, 2, pp. 537-554.
- SASSEN, S. (2007): *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires, Katz Editores.
- SHORT, J. R. (2006): *Urban Theory. A Critical Assessment*. Londres, Palgrave MacMillan.
- SIMONSEN, K. (2004): «Spatiality, Temporality and the Constitution of the City», en J. O. Baerenholdt, K. Simonsen (Eds.): *Space Odysseys: Spatiality and Social Relations in the 21st Century*, Aldershot, Ashgate, pp. 43-61.
- SLATER (2002): «Fear of the city 1882-1967: Edward Hopper and the discourse of anti-urbanism», *Social & Cultural Geography*, 3, 2, pp. 135-154.
- SHORT, J. R. (2006): *Urban Theory. A Critical Assessment*, Nueva York, Palgrave-McMillan.
- SOLNIT, R. (2007): *Storming the Gates of Paradise. Landscape for Politics*, Berkeley y Londres, University of California Press.
- SOJA, E. (1989): *Postmodern geographies : the reassertion of space in critical social theory*, Londres, Verso.
- (1996): *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Malden, Oxford: Blackwell.
- (1997): «Six Discourses on the Postmetropolis», en S. Westwood y J. Williams (Eds.): *Imaginig Cities. Scripts, Signs, Memory*. Londres y Nueva York, Routledge.
- (2000 [2008]): *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- (2006): «Cityscapes as cityspaces», en C. Lindner (Ed.): *Urban Space and Cityscapes. Perspectives from modern and contemporary culture*. Londres y Nueva York, Routledge, pp. xv-xviii.
- SORKIN, M. (1992): *Variations on a Theme Park. The New American City and the End of Public*, Nueva York, The Noonday Press.
- STASZAK, J. F., COLLIGNON, B. (2004): «Que faire de la géographie postmoderniste?», *L'espace géographique*, 33, 1, pp. 38-42.
- STAUTH, G., TURNER, B. (1988): «Nostalgia, Postmodernism and the Critique of Mass Culture», *Theory, Culture & Society*, 5, pp. 509-526.
- STORPER, M. (1987): «The post-Enlightenment challenge to Marxist Urban studies», *Society and Space*, 5, pp. 418-426.
- THRIFT, N. (2005): «Panicville: Paul Virilio and the Aesthetic of Disaster», *Cultural Politics*, vol. 1, n° 3, pp. 337-348.
- (2007): *Non-representational Theory: Space, Politics, Affect*, Londres, Routledge.
- TILL, K. (2003): «Places of Memory», en Agnew, J. (Ed.): *A Companion to Political Geography*, Londres, Arnold, pp. 290-301.
- TRETTER, E. M. (2009): «The Culture of Capitalism: Glasgow and the Monopoly of Culture», *Antipode*, 41, 2, pp. 111-132.
- URRY, J. (1995): *Consuming places*, Londres/Nueva York, Routledge.

- WARF, B. (2008): *Time-Space Compression: Historical Geographies*, Nueva York, Routledge.
- WESTWOOD, S., WILLIAMS, J. (1997): *Imagining Cities. Scripts, Signs, Memory*. Londres y Nueva York, Routledge.
- WOODWARD, I., EMMISON, M., SMITH, P. (2000): «Consumerism, Disorientation and Postmodern Space: a Modest Test to an Immodest Theory», *British Journal of Sociology*, 51, 2, pp. 339-354.
- WYLIE, J. (2007): *Landscape*, Londres, Routledge.
- WYNNE, D., O'CONNOR, J. (1998): «Consumption and the postmodern city», *Urban Studies*, 35, 5-6, pp. 841-864.